

ENTREVISTA

María Dolores Ramos Palomo

Entrevista, introducción y notas a cargo de Sonia García Galán

Dra. en Historia por la Universidad de Oviedo

Introducción

María Dolores Ramos Palomo es Catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad de Málaga. Se doctoró en Historia en 1986 con la tesis *Burgueses y proletarios malagueños. Estancamiento económico y lucha de clases en la crisis de la Restauración*, trabajo por el que recibió el Premio de Historia Social Díaz del Moral. Desde entonces, ha sido objeto de múltiples distinciones y galardones: en 1990 obtuvo el Premio Nacional Emilia Pardo Bazán, en 1995 recibió la Medalla de Oro del Ateneo de Málaga y en 2016 le fue concedido uno de los premios Meridiana que entrega la Consejería de Igualdad y Políticas Sociales de la Junta de Andalucía, a través del Instituto Andaluz de la Mujer, en reconocimiento a su labor en defensa de la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres.

Especialista en Historia Sociocultural y en Historia de Género, fundó en 1988 el Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer en la Universidad de Málaga, desde donde ha promovido iniciativas como el Premio de Investigación Internacional Victoria Kent y la Colección Atenea, dedicada a la publicación de Estudios de las Mujeres y Género. Junto con otras historiadoras, en 1991 fundó la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres (AEIHM) y formó parte de la Junta Directiva de la misma durante años. Fue además promotora de la revista *Arenal*, editada por la Universidad de Granada.

En la Universidad de Málaga ejerce como docente y forma parte del comité científico



En su despacho, en 2016, junto a un ejemplar de *Mujeres Libres*, editada por la agrupación del mismo nombre entre abril de 1936 y febrero de 1939. (Foto: Arciniega/La Opinión de Málaga). Pies de foto: Sonia García Galán.

de numerosas revistas con reconocimiento internacional. Asimismo, ha sido directora de varios Proyectos de Investigación, Innovación y Desarrollo, y de más de treinta tesis doctorales. Ha publicado numerosos artículos, capítulos de libros y libros sobre historiografía y sobre la historia contemporánea de España y Andalucía, abordando, entre otros temas, la construcción de la ciudadanía, los feminismos, las acciones colectivas de protesta, el republicanismo, el sindicalismo, las culturas políticas o los trabajos de las mujeres y la vida cotidiana. Entre sus libros podemos destacar *Tejedoras de ciudadanía. Culturas políticas, feminismos y luchas democráticas en España* (2014), *Andaluzas en la Historia. Reflexiones sobre política, trabajo y acción colectiva* (2012), *La modernización de España (1917-1939)* (2002), *Victoria Kent (1982-1939)* (1999), *Mujeres e historia: reflexiones sobre experiencias vividas en los espacios públicos y privados* (1993), *Burgueses y proletarios malagueños. Lucha de clases en la crisis de la Restauración (1914-1923)* (1991), *La crisis de 1917 en Málaga* (1987).

Entrevista

[S. G. Galán] Es fácil rastrear Internet y encontrar información sobre la trayectoria profesional de Dolores Ramos Palomo, con más de cien publicaciones a sus espaldas y multitud de premios y reconocimientos, pero resulta más difícil acceder a su vida personal, conocer sus orígenes, el entorno en el que nació y creció, ¿podría contarnos algo al respecto?

[M. D. Ramos] *Nací en Ronda, Málaga, en los años cincuenta, en un tiempo de silencio y veladas palabras. La ciudad, el Tajo, el paisaje, los remolinos de viento huracanado y lluvia me han fortalecido e inspirado a la hora de escribir. Mi familia es fruto de la confluencia de las dos Españas. Durante la Guerra Civil mis abuelos maternos vivían en Benalmádena, un pueblo asomado al mar y rodeado de huertas. Mi madre guardó en la memoria el ruido de las ametralladoras en la carretera de la costa y de los disparos en las tapias del cementerio, y la imagen de su familia apretujada bajo el hueco de la escalera mientras caían las bombas en medio de gritos, llantos y rezos. Su hermano mayor fue reclutado por las tropas franquistas tras la caída de Málaga y resultó gravemente herido en Alcañiz. Eran católicos, aunque sin una*

clara significación política, y cuando acabó el conflicto se acomodaron a las circunstancias. Mis abuelos paternos vivieron la dura experiencia que supuso el éxodo por la carretera de Málaga a Almería. Abandonaron su casa en Manilva, un pueblo cercano al Estrecho de Gibraltar, con sus tres hijos, la más pequeña una niña lactante, caminando, como cientos de personas, bajo el fuego cruzado de los aviones y los barcos franquistas anclados en la costa. Tenían los pies llagados, comían algarrobas y «cañadu» (caña de azúcar) y compartían con otras personas la leche de una cabra que se les cruzó en el camino. En los alrededores de Nerja fueron obligados a retroceder y tras regresar a Manilva comprobaron que sus modestos bienes habían sido confiscados por los caciques locales. Tuvieron que comenzar de cero en una pequeña vivienda autoconstruida en las playas de Sabinillas; desde allí mi abuelo subía al pueblo a trabajar en las viñas y mi abuela recorría el mismo camino a la hora del almuerzo para llevarle la comida. Con el tiempo, mis tíos emigraron a Francia.

Usted ha dicho que nació en Ronda, ¿cuándo se instaló allí su familia?

Mi padre hizo la mili en Ronda, donde conoció a mi madre. Se hicieron novios y se casaron, ocupando la planta alta en la casa de mi abuela, donde nació. A los pocos días bajaron la cuna y desde entonces me crié en casa de mi abuela. Fui la mayor de dos hermanos y crecí rodeada de mujeres, algo que me ha marcado positivamente. Mi madre y mis tías me llevaron a una escuela «amiga» cerca de donde vivíamos, para que me acostumbrara. Después me matricularon en un colegio de monjas, donde estudié todo el Bachillerato y aprendí costura, bordado y otras materias relacionadas con la educación doméstica. Una instructora de Sección Femenina impartía Formación del Espíritu Nacional y gimnasia, y formó un equipo de baloncesto en el que jugué de base. En este colegio pasé mi primera etapa de rebeldía a los 13 años y decidí compaginar los estudios de Magisterio en la Escuela Normal de Málaga, por libre, y el Bachillerato Superior con las monjas. A los 17 años experimenté la pequeña dosis de autonomía personal que supuso cobrar mi primer sueldo como «maestra sustituta». Tenía a mi cargo la Escuela Rural Unitaria de Arroyomolinos, en Cádiz, que ahora está cubierta por las aguas de un pantano. Para llegar hasta allí había que dar una larga caminata y atravesar el río Guadalete con unas botas que dejaba en la Casa de Peones Camineros. Después de esta experiencia me trasladé a Málaga para compaginar la docencia con la carrera de Filosofía y Letras, en horario nocturno.

Así que comenzó a trabajar como maestra pero después, sin dejar la docencia, se decantó por el oficio de historiadora, ¿por qué esta elección?

En Ronda solía refugiarme en los libros de Geografía, que me permitían visitar por mi cuenta países lejanos. Leía a los autores rusos en la Biblioteca Municipal y soñaba con tener una «dacha». La profesora de literatura nos



A punto de empezar su primer curso escolar. Una infancia feliz rodeada de mujeres. (Foto cedida por D. Ramos).

sentaba en el patio los días de sol para comentar La Ilíada y La Odisea, una experiencia insólita entonces, y nos enseñó el valor del género biográfico, que despertaría mi vocación por la Historia más que la lista de reinados, personajes y fechas que debía memorizar. El monumento a Ríos Rosas, los comentarios en clase sobre Giner de los Ríos y Fernando de los Ríos, nacidos en Ronda, y los rótulos de las plazas dedicadas a Trinidad Grund y Carmen Abela, destacadas benefactoras sociales, según pude averiguar mucho después, despertaban mi curiosidad. De pequeña jugaba a las maestras y quería ser profesora de historia, pero ignoraba la disciplina, el esfuerzo y las horas de archivo de esta profesión. Cuando llegué a la capital sabía lo que quería.

¿Qué ambiente encontró en las aulas universitarias?

La Universidad era entonces un hervidero de «estados de excepción», huelgas, encierros y manifestaciones. Las asambleas y los debates se mezclaban con las banderas y los himnos prohibidos. Pronto me comprometí con el movimiento estudiantil y entré en contacto con el movimiento de mujeres. Luego me sumé al movimiento vecinal en mi barrio, El Palo. En aquella época las carreras delante de los grises, las detenciones, los registros, los cambios apresurados de domicilio y las huidas a medianoche eran frecuentes. En las clases la Ilustración, el liberalismo y el republicanismo no se explicaban, pero en los seminarios paralelos se analizaban los textos marxistas. Las discusiones se potenciaron tras el golpe militar de Pinochet en Chile y la Revolución de los Claveles en Portugal. Recuerdo que íbamos en peregrinación a Lisboa para conocer las nuevas realidades del país vecino. Si Chile representó el dolor del zarpazo dictatorial, Portugal simbolizó la experiencia de la libertad.

En ese contexto de movilización social y política es fácil entender su compromiso con la Historia Social, pero también ha mencionado unos primeros contactos con el movimiento de mujeres que renace y toma fuerza en ese clima de oposición al Franquismo, ¿surge entonces en usted el interés por la historia de las mujeres o es un campo de estudio al que llega después desde la historia social?

Cuando acabé la Licenciatura estaba inmersa en la lectura del libro de Simone de Beauvoir El segundo sexo. Me sorprendió encontrar en sus páginas una teoría social explicativa sobre la subordinación de las mujeres, escrita en clave sociocultural. Era un libro moderno que anticipaba muchas cosas, como supe después. Me quedé con dos grandes ideas: no había feminidades ni masculinidades esenciales, fijas, y no se podía lograr la

liberación de las mujeres sin el concurso de la educación, la independencia económica y las redes femeninas. Beauvoir vivió en libertad su relación sentimental con Sartre y se incorporó durante el Mayo francés al Movimiento de Liberación de las Mujeres, que postulaba la importancia de la militancia feminista frente a la militancia política. Una importante fuente de reflexiones acababa de entrar en mi vida. También los escritos de Lidia Falcón y Betty Friedan lograron que entendiera uno de los signos distintivos del movimiento de liberación de las mujeres en los años sesenta y setenta: lo personal es político. Pero la necesidad de acabar con la Dictadura me alejó de la militancia feminista. Primero me interesé por la Historia Social, recibiendo influencias cruzadas de Annales y los marxistas británicos. Bloch hizo que valorara los componentes culturales, rituales y simbólicos presentes en los registros históricos. En Febvre encontré la mezcla de pasión por la historia, claridad expositiva y didactismo que necesitaba. Braudel me mostró las variadas dimensiones del tiempo histórico y la importancia del espacio como producto social. Con Edward Thompson y otros representantes del socialismo humanista entendí cómo se construye la clase a la luz de las tradiciones culturales, el lenguaje, las experiencias y la sociabilidad. Paul Thompson despertó mi interés por la historia de la gente corriente, la vida cotidiana y los resortes de la memoria colectiva. De alguna manera, todos me mostraron cómo se construye históricamente la igualdad, la desigualdad y la diferencia. Tuve también maestros cercanos. Con Juan Antonio Lacomba entendí que la Historia es la más humana de las Ciencias Sociales. Antoni Jutglar, director de mi tesis, me mostró el valor de la interdisciplinariedad. Juan Luis Carrillo me enseñó el valor del trabajo en equipo y cómo aplicar el método histórico a la investigación. El tránsito hacia la historia de las mujeres se produjo mientras trabajaba en mi tesis doctoral: Burgueses y

proletarios malagueños. Lucha de clases en la Restauración, donde dediqué un capítulo a las movilizaciones femeninas. Los trabajos de Rosa Capel y Mary Nash contribuyeron a que me comprometiera a fondo con la Historia de las Mujeres. En 1987 fundé el Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer en la Universidad de Málaga, con el triple objetivo de promover la docencia, la investigación y la difusión de los Estudios de las Mujeres. Algunas de las iniciativas que adoptamos entonces se han consolidado, como el Premio de Investigación Victoria Kent y la Colección Atenea de Estudios de las Mujeres y Género. Fueron años de intenso trabajo en los que un grupo de historiadoras de diferentes universidades creamos la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres y la revista Arenal.

La historia de las mujeres comienza a despegar en España en ese momento de apertura de la historia social hacia nuevos temas. Cuarenta años después, ¿qué balance hace del proceso de renovación historiográfica que se inicia entonces?

En sus orígenes, la historia de las mujeres mantuvo importantes vínculos con la historia social renovada, la teoría feminista y los movimientos de liberación de las mujeres. En ambos campos historiográficos surgieron teorizaciones, conceptos, preguntas y metodologías sobre la formación de la clase social, el concepto de patriarcado y la necesidad de integrar las relaciones sociales de género y clase en el análisis histórico. Personalmente, el descubrimiento en los archivos de las mujeres como sujetos y agentes sociales fue una revelación. Ese «conocimiento» hizo que buscara en la teoría feminista las herramientas que necesitaba para seguir investigando. Los trabajos de Gerda Lerner sobre el patriarcado, los de Louise Tilly sobre la teoría de las esferas y las tres grandes estructuras (mujer,

familia y trabajo), y los planteamientos de Temma Kaplan sobre la «conciencia femenina» establecieron una doble línea de renovación historiográfica que afectaría tanto a la historia de las mujeres como a la historia social. Con la introducción del concepto género Joan Scott provocó una revolución en la historiografía cuyas consecuencias aún son plenamente visibles. En España los debates mostraron resistencias y peculiaridades motivadas tanto por la necesidad de borrar las huellas de la historiografía franquista como de construir una nueva historia en democracia.

Pese a todos esos vínculos y aportaciones, la relación entre feminismo y marxismo no ha estado exenta de fricciones. ¿Siguen siendo marxismo y feminismo «una pareja mal avenida»?^[1]

Considero que el conflicto no está resuelto. Se ha producido una profunda revisión conceptual y metodológica que afecta, entre otras cuestiones, a la política, el trabajo, los espacios y usos del tiempo. En un mundo globalizado y sumido en una profunda crisis económica, política y ética sigue siendo importante establecer los mecanismos mediante los cuales mujeres y hombres se adscriben a una clase social, visibilizar las experiencias femeninas en el mundo laboral y la esfera doméstica y cruzar las relaciones de género con otras variables como la etnia, la raza, la casta y las creencias religiosas. La crisis económica ha hecho que resurjan voces y medidas dirigidas a devaluar el trabajo de las mujeres, aunque, paradójicamente, cada vez son más los hogares en los que el salario femenino y las

1.- Heidi Hartmann, «Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo», *Zona abierta*, 24 (1980), pp. 85-113. María Dolores Ramos Palomo, *Mujeres e historia. Reflexiones sobre las experiencias vividas en los espacios públicos y privados*, Málaga, Universidad de Málaga, p. 23.



El Tajo de Ronda, ciudad natal de María Dolores Ramos. Un paisaje en el que ha encontrado inspiración a la hora de escribir (Foto de Sonia García Galán).

contribuciones de los abuelos y abuelas son imprescindibles para sostener a las familias. En estas circunstancias pierden sentido los discursos que inscriben a las mujeres solo en la ética del cuidado y segregan los espacios públicos y privados en función del sexo. La necesidad de aplicar los planteamientos del feminismo multicultural hace más complejas las interpretaciones de Heidi Hartman sobre las relaciones entre feminismo y marxismo, y obliga a redefinir las identidades a la luz de nuevos marcos teóricos.

En uno de sus artículos, usted vinculó el «olvido» del marxismo respecto a las cuestiones de género a la nula atención que los «padres fundadores» y sus epígonos habían concedido a las actividades femeninas, consideradas «no productivas».^[2] Sin embargo, la historia de las mujeres ha puesto

de relieve multitud de aportaciones femeninas al ámbito laboral, ¿podría sintetizar algunas de ellas?

Ese «olvido» no sólo se debe atribuir al marxismo y tiene mucho que ver con la definición clásica del trabajo y con unas formas de pensamiento binario aplicadas en función del sexo que atribuyen cualidades positivas a los segmentos productivos hegemonizados por los hombres. Las actividades relacionadas con el autoconsumo, las tareas reproductivas o improductivas se han atribuido a las féminas. Sin embargo, la historia de las mujeres ha señalado el valor económico y cultural de la esfera reproductiva, mostrando que la división sexual del trabajo es fruto de la relación entre capitalismo y patriarcado. La introducción de la variable género ha obligado a redefinir las esferas y a tener en cuenta las relaciones establecidas entre ellas, también ha sacado a relucir el valor económico del trabajo doméstico y de las tareas de cuidado. Pero

2.- María Dolores Ramos Palomo, «Historia social: un espacio de encuentro entre género y clase», *Ayer*, 17 (1995), pp. 85-102.

las mujeres están en ambos espacios, afrontan la doble presencia, la jornada interminable y la carencia de tiempo propio, problemas que se agravan según el estado civil, la edad, las maternidades, la clase, la etnia o la casta.

Reflexiona en otros de sus trabajos sobre el tiempo de las mujeres para los otros y para ellas mismas, ¿hasta que punto tenían las mujeres de las clases populares en el siglo XIX tiempo propio?^[3]

Históricamente, el trabajo productivo y el tiempo de ocio han favorecido en general a los varones. El trabajo reproductivo y doméstico, único y limitado elemento de bienestar de las familias de las clases populares tampoco favorece a las mujeres. Si en las sociedades agrarias las fronteras entre lo público y lo privado estaban desdibujadas y las mujeres trabajaban en las economías de subsistencia, la industrialización y la economía de mercado complicaron la vida a las obreras, que debían recorrer largas distancias, a veces acompañadas por su prole, para afrontar una larga jornada laboral en talleres y fábricas, y dedicar después en sus hogares varias horas a los trabajos domésticos y reproductivos. El desarrollo de una legislación protectora por parte del Estado acabaría limitando, en teoría, la jornada y los tipos de trabajo, e impuso el descanso dominical que, cuando se cumplía, no siempre aportaba a las obreras unas horas de ocio, más allá de la charla compartida en portales y patios mientras desarrollaban tareas manuales como coser, zurcir o tejer.

Esa charla compartida en portales y patios forja un espacio propio de las mujeres desde el que se articulan redes de sociabilidad y una identidad femenina que se activa cuando las mujeres protagonizan acciones

colectivas. ¿Cómo se construye y cuándo se visibiliza esa identidad de género para convertirse en protesta?

La conciencia femenina responde a una identidad cultural que lleva a las mujeres a asimilar el rol de esposas y madres, exigiendo a cambio los derechos que consideran asociados a ese rol para poder cumplirlo. Si esos derechos son conculcados surge la protesta femenina. Esta forma de conciencia se traduce en la creación de redes solidarias en barrios, mercados, portales y patios colectivos, la adopción de estrategias, el desarrollo de acciones cívicas, movilizaciones y rituales que tienen que ver con la defensa de la vida y la politización de lo cotidiano: consumos, carestía, subsistencias, quintas, alquileres, defensa de la dignidad sexual, lucha contra los malos tratos y actividades por la paz, entre otras cuestiones.

Protestan cuando ven conculcados sus derechos como madres y esposas. ¿Pueden transitar desde esa conciencia de género a una conciencia netamente feminista en defensa de su condición como mujeres?

La conciencia de género aplicada a la acción colectiva no pretende derribar el patriarcado, ni las movilizaciones cuentan siempre con unas estructuras organizativas y asociativas estables. Esta forma de conciencia implica una búsqueda de la propia identidad que contribuye, a veces, a diluir el orden establecido y legitimado, entre otros mecanismos, por la historia construida desde presupuestos androcéntricos. Pero se puede percibir también como el rechazo de las mujeres a su alienación y enajenación, lo que le confiere un potencial parcialmente transgresor que sirve para definir nuevos espacios de conocimiento y otras formas de conciencia que buscan acabar con la alianza entre patriarcado y capitalismo. La conciencia feminista se considera

3.- María Dolores Ramos Palomo: «Tiempo para los otros... y para sí mismas: El ocio en el horario de las mujeres», *Crítica*, 56-933 (2006), pp. 32-35.

globalmente transgresora y en la sociedad contemporánea adquiere numerosos significados en función de las identidades en juego, las tácticas y estrategias utilizadas,

La identidad de clase entra también en juego en esas protestas, ¿qué fricciones y relaciones se establecen entre la conciencia de clase y la conciencia de género?

Este asunto ha adquirido especial significado en las culturas feministas y las culturas políticas de izquierdas. La historia de género ha analizado la ubicación de las mujeres en el mercado laboral, su relación con el capital, su estatuto en la familia y los mecanismos culturales habilitados para identificarlas con un grupo social. En líneas generales, dos mujeres burguesas o dos mujeres proletarias se sienten más próximas que una burguesa y una proletaria. La solidaridad femenina suele producirse dentro del mismo grupo social. Las obreras norteamericanas no se identificaron con el movimiento sufragista, pero fueron sometidas en los partidos políticos y sindicatos a una discriminación de género. La desigualdad sexual originaba conflictos en estos ámbitos, como mostraron las organizadoras del Día de la Mujer Trabajadora. Por otra parte, la historia oral ha mostrado mecanismos de solidaridad de clase y género como la «cadena» establecida por las mujeres de las capas populares en corralas y patios colectivos durante los primeros años del Franquismo. Las abuelas realizaban los trabajos domésticos, se hacían cargo de la prole, cocinaban una olla común para varias familias, incluso ofrecían protección a las mujeres en caso de malos tratos, mientras las obreras cumplían su jornada laboral. En caso de ruptura del eslabón por fallecimiento o enfermedad, otras ancianas abordaban esas tareas.

La combinación de variables enriquece sin duda los análisis. Por otro lado, también

entran en juego las masculinidades, y la identidad masculina se liga a la identidad de los varones como trabajadores, aspecto este que sin duda ha de afectar a las mujeres en sus casas, en sus puestos de trabajo o en su movilización sindical.

La historia de las masculinidades, entendida en sentido relacional con la historia de las mujeres, amplía la visión de los procesos históricos, revela discursos inéditos y experiencias desconocidas, y muestra las imágenes sociales construidas sobre los hombres en diferentes ámbitos y momentos. Si dejamos al margen el debate sobre las masculinidades, introducido tardíamente en España, la pregunta contribuye a poner de relieve algunos hechos significativos. Las obreras se han visto desplazadas a los márgenes de las organizaciones de izquierdas, han perdido su puesto laboral para asegurar el trabajo a sus compañeros varones o han debido escuchar reiteradamente que el abandono del hogar las viriliza, pone en peligro su honestidad y desestabiliza la unidad familiar. En la esfera sindical han ocupado puestos secundarios, incluso en los sectores en los que su fuerza de trabajo ha sido hegemónica, como el textil, no han participado en la elaboración de las tablas reivindicativas ni, consecuentemente, han logrado imponer sus demandas de género hasta el siglo XX: maternidad, horarios, comedores, guarderías. La Gran Guerra propició la posibilidad de cambiar ese estado de cosas gracias a la creación de secciones sindicales femeninas dirigidas por las propias trabajadoras. Pero a la par, la imagería de los movimientos sociales se masculinizaría triunfando la representación del obrero forjado con la hoz y el martillo a contracorriente de la organización y el protagonismo de las trabajadoras en las acciones colectivas.

Entender estos aspectos pasa también por valorar las implicaciones de concep-

tos como público y privado. Sobre la base de los discursos, el espacio por excelencia de actuación del varón era el público mientras que las mujeres quedaban confinadas al marco de lo privado, sin embargo, el avance en las investigaciones ha puesto de manifiesto que las relaciones entre estos espacios son mucho más complejas y han de matizarse, ¿puede profundizar en este aspecto?

El análisis de las narrativas y experiencias vinculadas a la ciudad y la familia deja al descubierto las interacciones e influencias de ambos planos y la existencia de unas políticas de inclusión/exclusión en ellos, basada en normas, leyes, representaciones y códigos religiosos, morales y científicos. Hay que recordar que en los inicios de la sociedad contemporánea las mujeres carecen de legitimidad jurídica y se ven abocadas a subvertir paulatinamente su marginación. Con ese lastre emprenden la larga marcha hacia la ciudadanía, participan en los Cuadernos de Quejas de la Revolución Francesa, en el asalto a la Bastilla, en la marcha a Versalles y además organizan clubes de Mujeres Republicanas. Las fronteras son imprecisas y el tránsito femenino hacia la esfera pública no se detiene. Disfraces masculinos, identidades ambiguas y seudónimos permiten estar no estando y allanan el camino de la prohibición. Pero, en sentido inverso, también se registran discursos y experiencias que van de lo privado a lo público debido a la respetabilidad social y moral conferida a las madres desde el punto de vista biológico, cívico y patriótico, como dadoras de vida y educadoras de ciudadanos.

Como usted señala, en el período de construcción de la sociedad contemporánea las mujeres son excluidas de la ciudadanía, pero desde el primer momento algunas rompen con el discurso y las normas a éste asociadas por la fuerza de los hechos.

Ha citado la movilización de las mujeres en el contexto de la Revolución Francesa, ¿cuándo y cómo se emprende esa lucha por la ciudadanía de las mujeres en España?

El estudio de la ciudadanía y el orden liberal ha mostrado las líneas de tensión entre los derechos femeninos y los mal llamados derechos universales, falsamente neutros desde su formulación en el marco de las revoluciones burguesas. Pero como acabo de señalar, las mujeres subvirtieron las normas que provocaban su exclusión de los espacios públicos. En España, en la coyuntura liberal doceañista organizaron asociaciones asistenciales y patrióticas, participaron en tribunas de opinión, empuñaron la pluma para expresar sus ideas y abrieron tertulias políticas en las que se desdibujaron las fronteras entre familia y ciudad. Las mujeres son las ilotas del régimen liberal en construcción, pero se adentran en lo público como si fueran ciudadanas de pleno derecho. Organizan formas de resistencia en la Guerra de la Independencia y se implican en una lucha plural en la que participan heroínas, patriotas, benefactoras, aguadoras y «amazonas» armadas con utensilios domésticos, como las parisinas que marcharon a Versalles. Entran en las Cortes disfrazadas de clérigos para burlar el Reglamento y acuden durante el Trienio Liberal a las sociedades patrióticas portando un pañuelo, una cinta o una banda verde y morada como símbolos de sus ideas políticas. En tiempos absolutistas Mariana Pineda construye su identidad política a contracorriente, de ahí que sus tareas de enlace, espionaje y encubrimiento hayan sido borradas, tergiversadas o sustituidas por la imagen de la mujer que borda una bandera en su hogar o da instrucciones para que otras la borden, ignorando que la confección de una enseña con la leyenda «Igualdad, Libertad y Ley» es un claro síntoma de politización de lo privado. Son muchos los ejemplos que confirman la articulación-segregación de esferas y



María Dolores Ramos en la entrega de los Premios Meridiana, otorgados por el Instituto Andaluz de la Mujer, en marzo de 2016. En la fotografía posa junto al resto de personas que a título individual o como representantes de entidades o asociaciones, resultaron premiadas por su trabajo en la defensa de la igualdad de derechos y oportunidades entre mujeres y hombres en distintos campos.

roles sexuales en una época de perturbación del orden político y moral, de prescripciones jurídicas, educativas y religiosas y de exaltación de la subjetividad como signo de una cultura romántica en construcción.

Otra forma de resistencia fueron los textos escritos en los que, en ocasiones, reivindican la condición de ciudadanas desde su identidad como mujeres. Estoy pensando en Olympe de Gouges quien incluye en su Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana la maternidad como fuente de derecho.

Hablamos de uno de los textos fundacionales de la sociedad contemporánea, aun-

que haya sido preterido durante demasiado tiempo. En él se proporciona una nueva densidad semántica al concepto de ciudadanía, se introduce la maternidad como fuente de derechos universales y específicos, se exige la regulación del estatuto de las madres en términos jurídicos y se mantiene que la verdadera igualdad es la que tiene en cuenta la diferencia. Olympe de Gouges realiza interesantes reflexiones sobre la paternidad y la sexualidad, muestra su preocupación por las madres solteras y por la situación de las mujeres en el matrimonio, exigiendo un contrato que proporcione seguridad jurídica a las esposas y asegure el reparto equitativo de los bienes conyugales en caso de divorcio. Un siglo después el pensamiento maternalista

subrayaba la importancia del rol materno, ligado a la laboriosidad, la empatía y la capacidad de mediación, defendiendo que los valores implícitos en la ética del cuidado debían pasar a los escenarios públicos para redefinir la política, incidir en las formas de conciencia y potenciar las políticas del Estado Maternal o Estado de Bienestar.

Olympe de Gouges es uno de esos nombres que han de contar con un puesto de honor en la genealogía de mujeres que lucharon por las libertades y derechos. ¿Quiénes serían las pioneras en esa genealogía en nuestro país?

El camino recorrido por las españolas para obtener la ciudadanía ha sido largo y complicado por la necesidad de refutar los discursos y actuaciones contrarios a la igualdad y también por la obligación de mostrar el valor de la diferencia en la construcción de las libertades y la demanda de derechos. En ese camino se detectan voces y experiencias pioneras ligadas a diferentes tradiciones políticas y feministas, como ha señalado la historia de las mujeres. La emancipación femenina se ha visto sometida a las tensiones surgidas entre universalidad/especificidad y asimilación/diferencia. En este sentido, las españolas contribuyeron a visibilizar el proceso de construcción del sujeto político femenino desde posiciones de rebeldía o acomodo con el ideal de domesticidad. El bloque de escritoras románticas, como Carolina Coronado, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Fernán Caballero, o el de las representantes del canon isabelino, Faustina Sáez de Melgar y Ángela Grassi entre otras, contrasta con el grupo de socialistas utópicas encabezado por las fourieristas gaditanas María Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis, que expusieron en los Pensiles sus ideales políticos, emancipadores y feministas, y difundieron un concepto de sororidad que implicaba la adopción de valores que

anticipaban las futuras luchas del feminismo social y el feminismo político.

Son voces y discursos significativos que van contracorriente en un contexto poco receptivo, ¿permite el período del Sexenio Democrático un avance en relación a la cuestión de la ciudadanía femenina?

En el orden genealógico lo más relevante es la entrega del testigo por parte de las socialistas utópicas a las republicanas e internacionalistas. En esos años destaca también la labor desarrollada por la reformadora social Concepción Arenal, una de las voces de autoridad del feminismo español en la segunda mitad del siglo XIX. La historia de género ha resaltado dos grandes líneas discursivas y de actuación en el Sexenio, coyuntura en la que las mujeres contribuyen a redefinir la cultura política republicana y obrera. En primer lugar, se ha señalado el creciente interés de las mujeres por la cosa pública y sus movilizaciones sociales, fruto del creciente proceso de politización de lo privado, y la presencia de líderes femeninas, como Guillermina Rojas, en el federalismo, el internacionalismo y el cantonalismo. Al hilo de estos registros históricos surge una evidencia: el reconocimiento de modelos de referencia situados al margen de la ideología de la domesticidad y la percepción de las huellas políticas y culturales heredadas de las fourieristas. En segundo lugar, resaltan las ideas, opiniones y medidas adoptadas por los varones demócratas y republicanos para mejorar la situación femenina, básicamente en el terreno educativo y laboral. Sin embargo, el texto constitucional de 1869 no incluyó los derechos políticos de las mujeres. Tampoco el matrimonio civil de 1870 se rigió por criterios democráticos, pues basaba sus reglas de juego en la asimetría y jerarquización entre los sexos, estableciendo la obediencia de la esposa al marido.

Pese a las limitaciones apuntadas por usted para el Sexenio Democrático, la llegada de la Restauración reforzaría aún más la subordinación femenina.

Así es, el sistema canovista, llevado por el deseo de modificar el orden político, social y moral en un sentido conservador, restringió derechos y libertades y legitimó la subordinación de las mujeres en el Código Civil de 1889, contando con el concurso de discursos religiosos, morales, literarios y científicos. Pero no lo haría de manera continuada ni sin oposición. De una parte, las republicanas de entresiglos, influidas por las culturas librepensadoras y masónicas, forjaron un proyecto político y cultural enmarcado en las redes sociales del feminismo laico, que reivindicaba la igualdad social, legal, educativa y cultural de ambos sexos. Ese proceso culminaría en la primera posguerra mundial con el viraje hacia posiciones claramente sufragistas. En otros ámbitos políticos el debate sobre la cuestión femenina se asoció a la vertiente pedagógica iniciada por los krausistas. Las élites femeninas universitarias y profesionales ligadas al Instituto Internacional, la Residencia de Señoritas y el Lyceum Club se comprometieron primero en la defensa de los derechos civiles y sociales y después en la construcción de un tejido asociativo sufragista que adquirió cierta entidad durante la primera posguerra mundial y canalizó las demandas de las mujeres de diferentes clases sociales. Las trabajadoras de las capas populares encauzaron sus reivindicaciones mediante las sociedades de oficios adscritas a la Casa del Pueblo, los Grupos Femeninos Socialistas y las secciones sindicales anarquistas, organizaciones que reclamaron los derechos femeninos, plantearon acciones colectivas y entablaron un pulso con las obreras adscritas al sindicalismo católico, llevadas por la pretensión de hegemonizar los espacios políticos y sociales femeninos.

Ha mencionado cómo el feminismo español comienza a reivindicar los derechos políticos al término de la Primera Guerra Mundial, ¿cuál es entonces la respuesta de los hombres progresistas?

*A mi juicio, se constatan experiencias comunes definidas por las huellas de la cultura patriarcal y también los matices impuestos por las culturas políticas. En general, el denominado «feminismo de hombres» adjudicaba a las mujeres un papel basado en su condición de educadoras y mediadoras, más que en la igualdad de derechos propiamente dicha. Los republicanos se vieron arrastrados a debatir el rol que debían jugar las mujeres en sus partidos y en el régimen que pretendían instaurar. La mayoría consideraba que las féminas debían incorporarse a los proyectos secularizadores y cívicos sin romper los estereotipos de género ni alterar la división de esferas. Ya he comentado que las relaciones entre feminismo y obrerismo han estado marcadas por desencuentros e incomprensiones. La tendencia predominante en el socialismo libertario y en el marxista fue considerar la emancipación de las mujeres como una consecuencia de la emancipación de la sociedad. Por otra parte, salvo excepciones, las prácticas masculinas en estas culturas políticas solían reproducir las situaciones de dominio y desigualdad de las mujeres. El proyecto libertario de sociedad futura no tuvo en cuenta los trabajos reproductivos o los atribuyó, mediante soluciones colectivas, a las mujeres. El anarcofeminismo, presente ya en las ideas de Teresa Claramunt y desarrollado en los años treinta por Mujeres Libres, no fue «cosa de hombres». Algo parecido ocurriría en medios socialistas, donde los discursos y prácticas feministas fueron desarrollados por militantes como María Cambrils, autora del libro *Feminismo Socialista*. En general, los militantes consideraban secundaria la actividad política y sindical de sus compañeras, defendían los*

papeles de género tradicionales en la esfera familiar y vieron con agrado la disolución de la Agrupación Femenina Socialista Madrileña en 1927, ya que así desaparecía, desde su punto de vista, la amenaza de un espacio femenino político e identitario en el socialismo español.

Aunque son múltiples los nombres femeninos que transitan y se hacen visibles en su obra, algunos de los cuales han sido citados al hilo de esta entrevista, hay tres mujeres a las que ha dedicado especial atención en su obra: Belén Sárraga, Magda Donato y Victoria Kent. ¿Qué significa para usted la figura de Belén Sárraga?

Nuestro primer encuentro tuvo lugar cuando preparaba mi tesis doctoral. Su relato del Congreso Universal de Librepensadores celebrado en Ginebra en 1902 me llevó a descubrir a la mujer que luchaba por la libertad de conciencia y por erradicar el autoritarismo familiar. El hecho de entender su papel como sujeto político y su capacidad de agencia social me condujo por caminos históricos e historiográficos insospechados. Enseguida publiqué un primer artículo sobre sus relaciones con el partido federal y volví a la tesis con el convencimiento de que algún día publicaría su biografía. La complicada trayectoria vital de Belén Sárraga y las numerosas claves interpretativas de su pensamiento y prácticas de vida han ido demorando la entrega. Me he sumergido durante años en la tarea de revisar las corrientes librepensadoras, masónicas y feministas de entresiglos, de las que formó parte, a uno y otro lado del Atlántico, he analizado sus escritos y los periódicos que fundó en España, Uruguay y México, he constatado la importancia de las redes sociales de mujeres que creó en varios países desde que fundara la Asociación General Femenina en Valencia, pero también he comprobado los límites de género que tuvo que afrontar, sus dificul-

tades para construir espacios igualitarios, su lucha antifascista y los numerosos conflictos en que se vio envuelta por sus planteamientos republicanos, anticlericales y feministas.

¿Qué representa Magda Donato?

Su trayectoria personal, intelectual y política revela la confluencia de numerosos planos. Periodista, autora dramática y de cuentos infantiles, actriz de teatro, defensora de los derechos femeninos, sufragista, republicana federal y antifascista, introdujo en España el periodismo informativo y llevó a la práctica numerosos cambios identitarios a la hora de hacer sus reportajes testimoniales a partir de la experiencia. Su comportamiento fue el de una mujer moderna y libre que toma decisiones sobre su vida, su trabajo y su aspecto, mostrando que estaba en condiciones de utilizar todos los derechos negados a su sexo. Fue una de las fundadoras de la Unión de Mujeres Españolas, organización no confesional, interclasista y escorada hacia la izquierda, desde la que postuló un feminismo flexible y tolerante, reivindicó la politización de las mujeres y el sufragio como herramientas imprescindibles para lograr la emancipación femenina. Coherente con estos planteamientos contribuyó con sus artículos a crear una opinión favorable a los derechos políticos en la Segunda República, colaboró con Mujeres Antifascistas y multiplicó sus artículos en la prensa sobre las actividades femeninas en la retaguardia, las milicias populares y la vida cotidiana en los frentes.

Victoria Kent, por su parte, siempre es recordada por su negativa a la aprobación del sufragio femenino en las Cortes Constituyentes de 1931, ¿cómo explica esa negativa y qué otros aspectos destacaría de su trayectoria?

Es cierto. Su posición en este asunto ha

desplazado o desdibujado otros aspectos de su trayectoria política, provocando incomprendiones en algunos ámbitos feministas. Victoria Kent defendió siempre su negativa con firmeza. Había militado en la Juventud Universitaria Feminista, rama de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, reivindicando los derechos sociales, civiles y políticos femeninos en varias ocasiones. Pero, llegado el momento, renunció a su ideal, o mejor, lo aplazó por razones de utilitarismo político, por posibilismo y pragmatismo. Frente a Clara Campoamor, partidaria de hacer valer a toda costa el principio igualitario, antepuso la salud de la República, amenazada por la posible manipulación del voto femenino en los confesionarios, los púlpitos y los hogares, debido a la autoridad ejercida por curas, padres y maridos sobre las mujeres. Fue, indiscutiblemente, una feminista social comprometida con numerosas causas. En su puesto de Directora de Prisiones abordó la reforma penitenciaria más avanzada de Europa y diseñó la cárcel del siglo XXI, construyendo la Cárcel de Mujeres de Ventas y creando el Cuerpo Femenino de Prisiones. Luego, durante el conflicto civil visitó los frentes, trabajó en la embajada española y realizó una importante labor con los «niños de la guerra» y los refugiados republicanos. En su exilio neoyorquino creó la revista *Ibérica*, una tribuna para combatir el franquismo en España y el salazarismo en Portugal.

Son tres mujeres que vivieron en contextos sociopolíticos distintos, ¿definiría a las tres como feministas?

Sin dudarle un momento. Las tres fueron agentes de cambios sociales y de género en la primera mitad del siglo XX. El feminismo histórico ha mostrado que se debe superar el marco interpretativo tradicional, que equipara feminismo y sufragismo desde una óptica política liberal e igualitaria, visible sobretudo



En un viaje Florencia, con su hija Isabel, junto a la *Madonna de la Granada* de Botticelli. Para Dolores Ramos la maternidad fue fuente de ricas experiencias, renovadas tras la llegada al mundo de sus dos nietos, Jorge y Javier, en 2009 y 2012 (Foto facilitada por la entrevistada).

en la tradición angloamericana. Por el contrario, la conceptualización del feminismo de forma plural, en consonancia con la variedad de experiencias, estrategias, clases, etnias y culturas implicadas en sus discursos y prácticas sociales, acoge y diferencia las luchas y reivindicaciones femeninas en el terreno social, civil y político, y posibilita la existencia de modalidades, resistencias y rupturas que no pueden considerarse universales. El valor otorgado a la diferencia y la concentración de las reivindicaciones en el terreno social y civil permiten establecer algunos de los itinerarios de las feministas españolas, entre las que se encuentran Belén Sárraga, Magda Donato y Victoria Kent.

¿Qué otros nombres propios destacaría?

Considero que la relación de nombres, siempre incompleta se mire como se mire, debe situarse en el marco plural del feminismo histórico, teniendo en cuenta las transmisiones genealógicas, herencias, reapropiaciones y rupturas que se han producido en él, condicionadas en buena medida por las estrategias, la clase, las culturas políticas y las

coyunturas. Dejando al margen a las mujeres citadas a lo largo de esta entrevista, quiero recordar a las escritoras ilustradas Inés Joyes y Josefa Amar y Borbón, pioneras de una tradición reivindicativa en el terreno educativo y cultural a la que se sumaron Emilia Pardo Bazán, María de Maeztu y las mujeres ligadas a la Residencia de Señoritas. En las trayectorias nacionalistas cabría citar los nombres de Dolores Monserdá y Francisca Bonnemaison, vinculadas al catalanismo, Haydée Aguirre y Polixene Trabudua en la organización de mujeres del PNV, María Espinosa de los Monteros, primera presidenta de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, en el nacionalismo español. Destacadas sufragistas fueron Carmen de Burgos y María Martínez Sierra. En medios libertarios sobresalen, además de Claramunt, Soledad Gustavo, Federica Montseny y las fundadoras de Mujeres Libres: Amparo Poch, Lucía Sánchez Saornil y Mercedes Comaposada. El feminismo socialista está representado por Virginia González, la citada María Cambrils y Margarita Nelken, entre otras militantes. Al frente del feminismo social-maternalista están Dolores Ibárruri, símbolo de madre cívica, y Mujeres Antifascistas. María Telo y Mercedes Formica impulsaron las reformas jurídicas llevadas a cabo a favor de las mujeres en el Tardofranquismo y la Transición. Tras el vacío y la desmemoria de la Dictadura, una nueva generación ligada al Movimiento Democrático de Mujeres, la Asociación Democrática de Mujeres y los Colectivos Feministas toma el relevo. Citaré algunos nombres: Dulcinea Bellido, Carmen Rodríguez, Juana Doña, Sacramento Martí, Lidia Falcón, Amparo Pineda, Cristina Almeida, Cristina Alberdi, Paca Sauquillo y Carmen Alcalde.

Todo este caudal de conocimientos y experiencias rescatadas por la historia de las mujeres modifica y enriquece la visión que tenemos de las distintas etapas y procesos

históricos. En este sentido, ¿qué ha aportado la historia de las mujeres y el género a la nueva historia política?

La incorporación de las genealogías femininas al modelo prosográfico tradicional ha visibilizado a las mujeres, ha mostrado sus tradiciones políticas y culturales, sus aprendizajes, enseñanzas y estrategias, cuestiones que han sido reapropiadas y transformadas por otras generaciones de mujeres. Desde el enfoque de género se han introducido nuevas preguntas, objetos de estudio y debates sobre los poderes y contrapoderes, que implican una redefinición de la arena pública y lo político al margen del plano institucional y de las élites, un viraje en el que también se han tenido en cuenta los componentes de clase, étnicos, raciales, multiculturales y religiosos. Los efectos del maternalismo social en la ciudadanía, la relación de las biopolíticas con los dispositivos del control social y sexual, la reconstrucción de las identidades, la politización de lo privado (divorcio, anticonceptivos, aborto, adulterio, malos tratos) y la revalorización de la acción política femenina son otras tantas vertientes renovadoras. Por otra parte, la relación entre universalidad y diferencia ha trazado líneas interactivas a la hora de revisar las fronteras entre el gobierno de la ciudad y el gobierno de la familia. Igual ha sucedido con las aplicaciones de género en las culturas políticas y con la consideración del feminismo, en sí mismo, como una ideología y una cultura política contrarias a la desigualdad sexual y portadoras de unos valores, pautas de conducta, rituales y elementos simbólicos propios.

Es mucho lo que se ha avanzado pero mirando hacia el presente y el futuro, ¿cuáles son los próximos retos para la historia social y para la historia de las mujeres y el género?

En ambos ámbitos se ha demostrado que la agencia social es un aspecto básico para rehacer las subjetividades, reconstruir las identidades colectivas, analizar las formas de conciencia y los cambios de los papeles de género. Una exigencia básica es seguir manteniendo la preocupación por la «gente sencilla» y los grupos subalternos como sujetos históricos, incorporando conceptos con una gran carga semántica como la noción de violencia simbólica o la más reciente de estructuras de sentimiento. Otra de las exigencias planteadas a corto plazo en los dos territorios señalados en la pregunta es la necesidad de continuar construyendo una Historia Comparada que examine la «otredad» en el marco de los debates historiográficos actuales y reubique a los sujetos desplazados a las zonas centrales del discurso utilizando criterios no androcéntricos, pero tampoco eurocéntricos, ni etnocéntricos. En este sentido, el debate nos emplaza a mirar al Sur y a emprender un diálogo que no esté jerarquizado por nuestras tradiciones políticas y socioculturales hegemónicas y dominantes. Por ejemplo, las historiadoras de los países del Magreb y

de Oriente Próximo están haciendo visibles a las mujeres en las luchas anticoloniales y poscoloniales, en los movimientos educativos y de reforma de las leyes civiles y religiosas. El estudio de los feminismos en sus países revela las contradicciones de la modernidad y la presencia de huellas multiculturales no siempre ajenas a la dialéctica laicismo/islamismo ni al enorme lastre de los sectores radicales en un sentido político y religioso. En la misma línea, hay que seguir buscando las causas de la subordinación femenina en diferentes contextos geográficos y nacionales, colocar a las mujeres en el centro del relato, redefinir el acto de «visibilizarlas» y plantear cómo se construye históricamente la subordinación femenina en diferentes sociedades. La historia de las mujeres y el género, la historia social también, cuentan hoy con aportaciones y herramientas teóricas y metodológicas más desarrolladas que las que tenían quienes se dedicaban al oficio de la historia hace medio siglo, pero menos abstractas y rígidas que las utilizadas en las propuestas discursivas posmodernas. El camino es largo, queda mucho por recorrer.